Canto a la fundación de la antígua Guatemala

(Fragmento)

V

La Segunda Ciudad

En Iximché nuestra ciudad primera
como sombra pasó, perecedera.
Pero ya ausente el capitán egregio,
cuando Don Jorge, su inmortal hermano,
en obediencia a su mandato regio,
pronunció las palabras: "Escribano,
asentá..." firmemente daba asiento
a la vez en la historia y en la tierra,
a las artes de aquel renacimiento
que viene tras las ruinas de la guerra.
Y como nace un mundo de la nada,
por virtud de la voz articulada,
así nació en un valle deleitable
la segunda ciudad, también marcada,
como la otra, por signo inexorable.

VII

La Tercera Ciudad

Pero quedaba el "asentá, escribano"
en la unidad de la urbe imponderable,
eterna por su espíritu cristiano
aunque fuera en sus formas inestable
Y de nuevo nació—¡y de qué manera!—.
De esta esplendente fundación tercera
quiero cantar el fausto soberano.

IX

Canto a la Antigua

Dos centurias y media no cumplida,
oh Antigua, le bastaron a tu gloria
para que una cultura esclarecida
la esculpiera en las piedras de la historia .

Exaltaron tu gracia los artistas:
movieron su cincel tus escultores,
perpetuaron sus lienzos tus pintores....
Y contaron tu historia los cronistas
y bebieron tu ciencia los doctores....
En ti nació Landivar, que el divino
pudo ser bien llamado como Herrera
cuando en verso latino
supo cantar tu eterna primavera;
y cuando te llamó "madre querida,
delicia de la vida,
fuente y origen de la mía, amada"....
y cuando te lloró, después, destruída;
y cuando te exaltó resucitada,
con aquel hondo "madre renacida".
Y nació Fuentes y Guzmán, llamado,
"el padre de tu historia";
y fué tu regidor aquel soldado,
sin igual en la gracia y en la gloria
de referir las luchas del pasado.
Y a ti llegó, por la inestable vía
del mar, duro gallego,
tu Remesal, tan lleno de porfía;
de tierra vascongada,
llevando en gestación "La Tomasiada";
vino Ovecuri luego;
y Ximénez llegó de Andalucía.
Rosa de santidad, en la alta mesa
de Panchoy te dió Pedro, el venerable,
copia de aquel incendio de Teresa
o de Juan de la Cruz el inefable....
Con sus más puras y aromadas flores
la península entonces florecía
en santos y en artistas y en doctores;
y de la mar de hispanidad venía
la creciente a la América española;
entonces nos llegaba como una ola
de devoción y de sabiduría....
Movió a tus piedras amoroso anhelo,
un anhelo tan hondo que tuviera
el poder de subirlas hasta el cielo
y dejarlas en alto en su carrera
y nacieron iglesias tan profusas
que a la par de conventos y entre rosas
hoy parecen tus calles inconclusas
otras tantas estampas religiosas.

Y a tu atmósfera diáfana y suprema,
daba tan suave colorido el día,
que al pasear por tus calles se creía
ir caminando dentro de una gema.

El gran período colonial culmina
cuando nace en ti la carolina
institución tan sabia renombrada;
y sale de tu prensa, tan completa,
la pristina Gaceta
y la historia de Vásquez, acabada.
Y—mientras llegan los visitadores
para el juicio final de residencia—
en tus palacios los gobernadores
emulan a los regios festivales
con pompas también reales
o presiden, solícitos, la audiencia.
Deslumbrando los ojos, soberano,
todo aquel esplendor de España vino,
del mismo pueblo que se abrió camino
como el pueblo de Dios por entre la ola
y que en vasto cuerpo americano
dejó una alma cristiana y española.
Nos llegó, ya del todo elaborada,
la gran cultura ibérica:
El idioma
tan dulce en la mujer enamorada
cual si fuese un arrullo de paloma;
en el hogar tan suave;
en el dolor tan grave;
para la ciencia claro,
en las voces del mílite conciso
y fuerte; entre los libres insumiso....
Para que hablen los hombres, sin reparo;
pero que, por encima, es una llama
cuando el Creador lo engendra en nuestro seno.
¡Es el idioma de las almas, bueno
para que hable con Dios el que lo ama!
El derecho español—ya balbuciente
desde el Fuero Juzgo—que dió fueros
a los pueblos iberos
—llamados, justamente,
para el hombre oprimido, los primeros.

Las costumbres, las artes, varia ciencia
llegaban....Opulencia
que pasma—y que contrista
porque en parte su don no hemos guardado....
¡Y sobre todo, yendo a la conquista,
nos llegó Cristo, su primer soldado!

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

Tomado del "Boletín de Museos y Bibliotecas"—Guatemala.—Año III.—Segunda Epora. Abril de 1943.—Número I.—

Henri Bergson y la filosofía cristiana

Por Félix Henao Botero

El Padre Gorce, profesor del Instituto católico de Tolosa, había publicado en 1933, los "Primeros principios de Filosofía", en los que existían bastantes pasajes contrarios a la filosofía bergsoniana. El sacerdote recibió, no obstante, una calurosa aprobación de Bergson por el carácter "concreto" de sus exposiciones. En seguida dió a la publicidad el Padre Gorce un nuevo libro sobre el pensamiento medioeval en Santo Tomás y Aiberto Magno, en el que consideraba preferentemente aspectos históricos de la doctrina de ambos eximios doctores. Bergson, emocionado, escribió en seguida al Padre Gorce para hablarle de la Filosofía tomista y decirle: "Cuantas veces entro en contacto con ella me parece que es una cosa más viva y cercana a nosotros de lo que nosotros mismos podemos imaginarnos. Lo que era en mí una idea vaga se ha hecho idea precisa y clara. Vos me habéis hecho tocar lo que se podría llamar la actualidad de Alberto el Grande y Santo Tomás."

Cuando Bergson editó su libro "El Pensamiento y el Movimiento", fué considerado por todos como el resumen, análisis y depuración de sus teorías. El Padre Gorce las estudió y demostró que había en ellas mayor concordancia con el tomismo de lo que se creía en los ambientes filosóficos. Consagró al "realismo bergsoniano tomista" dos largos artículos que escribió en la revista "Sophia" de Roma, en los números de este año. En el primer artículo demostró que Bergson partió del cientismo y que, mediante una larga meditación que duró medio siglo, había llegado poco a poco hasta las grandes líneas del realismo, que tiene como sistema la filosofía enseñada por la Iglesia Católica.

Bergson dijo a su vez al padre que en efecto él estaba mil veces más cercano al realismo tomista que al idealismo kantiano y terminó así su carta. "En las consideraciones que vos hacéis sobre el conjunto de mis trabajos, me parece que habéis sido justo. Yo me propongo, ser más explícito aún a este respecto cuando continuéis vuestro trabajo tan sugestivo y profundo."